

Revista de la Universidad de La Salle

Volume 2017 | Number 74

Article 10

January 2017

Voces de la Colombia profunda

Jorge Augusto Coronado Padilla

Universidad de La Salle, jcoronado@unisalle.edu.co

Andrzej Lukomski Jurczynski

Universidad de La Salle, ajurczynski@unisalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Coronado Padilla, J. A., y A.Lukomski Jurczynski (2017). Voces de la Colombia profunda. Revista de la Universidad de La Salle, (74), 157-189.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Revista de la Universidad de La Salle by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

Voces de la Colombia profunda



Jorge Augusto Coronado Padilla*
Andrzej Lukomski Jurczynski**

■ Resumen

El presente documento da a conocer varios de los testimonios expresados por un grupo de estudiantes de Ingeniería Agronómica de la Universidad de La Salle, beneficiarios del programa Utopía, que fueron entrevistados en el marco del trabajo que adelanta la Escuela de Pensamiento ECO-sofía sobre el tema de la vida y la construcción de una sociedad bioética. Los relatos aquí expuestos son narraciones profundamente descriptivas, crudas y dolorosas, de las experiencias de vida de los jóvenes de la Colombia profunda. Son manifestaciones de la fuerza de la vida, del deseo por curar las heridas del espíritu y los traumas personales. Los protagonistas de estos relatos tienen claro que desde el propio esfuerzo viene el impulso del cambio y de las condiciones que degradan la dignidad humana. Para ellos, Utopía es el camino para la superación

* Magíster en Ciencias de la Ingeniería del Instituto Politécnico de Kharkov, Ucrania; magíster en Docencia de la Universidad de La Salle, Bogotá, Colombia. Profesor asociado adscrito a la Facultad de Ingeniería de la Universidad de La Salle, Bogotá. Correo electrónico: jcoronado@unisalle.edu.co

** Doctor en Filosofía de la Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia, y magíster en Teología de la Pontificia Akademia Teologiczna w Krakowie, Polonia. Profesor titular adscrito al Departamento de Formación Lasallista de la Universidad de La Salle, Bogotá, Colombia. Correo electrónico: ajurczynski@unisalle.edu.co

de las amargas y tristes experiencias del pasado y la fuente de nuevas esperanzas de futuro.

Palabras clave: Colombia profunda, violencia, clamor, desesperanza, fuerza del espíritu humano, vida.

Introducción

Habitualmente, los escritos presentan las ideas, experiencias o comentarios del autor acerca de los hechos que este ha experimentado o de los problemas que son objeto de su análisis. En este documento, por el contrario, los protagonistas de la reflexión son los estudiantes de las distintas cohortes de Ingeniería Agronómica del proyecto Utopía, de la Universidad de La Salle, que se encontraban cursando el programa en el primer periodo académico de 2017.

Aquí, las voces de los protagonistas son el grito lastimero y vigoroso de un grupo de jóvenes provenientes de zonas olvidadas del país que hacen parte de la denominada *Colombia profunda*, y que no son otra cosa que la muestra de las experiencias vividas, de los anhelos e ideales que los embargan, así como de las esperanzas que nacen con el despertar del sol y mueren con el ocaso del día, en sus propios corazones.

Los autores del presente documento hemos querido dar a conocer al lector, de una manera prístina, sin preconceptos, sin interferencias o alteraciones de ninguna naturaleza, el pensamiento y sentir puros y auténticos de unas personas que rara vez son escuchadas y tomadas en cuenta, que encuentran todo tipo de dificultades e impedimentos para expresar y reclamar el derecho a ser oídos. Es el clamor de quienes reclaman el derecho a tener una vida digna, a ser respetados y considerados como personas, no de segunda o tercera clase, sino como miembros de una sociedad configurada en derecho, democrática y pluralista. Es el clamor de aquellos que son copartícipes de la construcción del futuro de su propio país. Reclaman ser tenidos en cuenta no solo como víctimas, sino también como ciudadanos, miembros de una nación que también es

la suya, que tienen aspiraciones, necesidades, deseos, caprichos, ambiciones como cualquier otra persona. Que anhelan vivir en paz, felices y sin las angustias de comenzar el día sin saber si podrán comer o si serán víctimas de las injusticias de la vida, una vez más.

Como autores, solo pretendemos ser mediadores de una verdad que, *per se*, es muy dolorosa, que nos debe avergonzar a todos, porque en muchas ocasiones la hemos ignorado y con frecuencia le hemos hecho oídos sordos. Por esta razón, asumimos el compromiso fehaciente de preservar los testimonios obtenidos, en su estado original, tal cual fueron escritos, como nos fueron contados. Los nombres de los protagonistas y demás personajes mencionados en los relatos han sido deliberadamente cambiados para preservar su privacidad y garantizar su seguridad.

Algunas consideraciones, a manera de contextualización

A partir del 23 de septiembre de 2016 se dio inicio al proyecto de investigación titulado *Hacia la comprensión de la interacción entre problemáticas ambientales y sociales. Fase I: una mirada desde las vivencias de los estudiantes de Utopía*, proyecto en el que está enmarcado, el presente escrito.

Este trabajo investigativo surgió de la reflexión adelantada en el interior de la Escuela de Pensamiento ECO-sofía, durante los últimos dos años, alrededor del tema de la vida, entendida esta de manera integral; la vida como un fenómeno universal, donde convergen elementos sociales, ambientales, éticos, filosóficos, etc., para construir una comprensión de la *bios* en el más amplio de los sentidos.

La propuesta constituye la primera experiencia de un grupo de pensadores docentes de enlazar las políticas institucionales de investigación y de escuelas de pensamiento, y de construir un nuevo paradigma de interacción entre diferentes dependencias de la universidad, que operan y se desarrollan en un espacio común compartido por ellas, como es la academia.

Además, es un trabajo que busca materializar las concepciones que están en la base fundante de la Escuela ECO-sofía. Ha sido concebido también como un ejercicio de análisis profundo y transdisciplinar, de la complejidad de las relaciones entre lo ambiental y lo social, que son parte constitutiva de nuestra propia comprensión de la vida.

Este proyecto es uno de los ganadores de la convocatoria realizada por la Vicerrectoría de Investigación y Transferencia (VRIT) de la Universidad de La Salle en 2016. A través de su ejecución se busca establecer los fundamentos teóricos para la construcción de una futura *sociedad bioética*, vista desde una interpretación heurística, heterogénea, emergente y compleja.

La ejecución del proyecto contempla tres fases, las cuales se estima que serán desarrolladas en un periodo de cinco años. La primera fase, que se está realizando en este momento, se ha orientado a la búsqueda de la comprensión de la interacción entre los problemas sociales y ambientales, vistos desde las vivencias de los estudiantes de Utopía en sus lugares de origen y que fueron recopiladas en 27 impactantes relatos, de los cuales damos a conocer al lector once de ellos.

La transcripción literal y fiel del original fue realizada por el investigador Jorge Coronado. Oigamos las voces de estos soñadores que para nosotros son constructores de esperanza y de un mejor futuro en Colombia.

Voces de la Colombia profunda

Relato 1

Lo que ha cambiado mi vida han sido muchas cosas. Cuando era niña vivía con mis papás y algunas de mis hermanas. Vivíamos muy felices en una finca cerca de la cordillera. Un día debimos trasladarnos de finca, una que quedara más cerca a la escuela, ya que éramos grandes; teníamos 6 y 7 años con mi hermana mayor y ya era necesario que estudiáramos.

Mi papá y mi mamá siempre nos han inculcado mucho el estudio, por eso, cuando ya íbamos terminando la escuela, mi papá compró otra finca, una que era más central, para poder ir al colegio. En ese cambio hubo un mal negocio. Después de un año el dinero de reserva se agotó, así que nos fuimos para donde una tía que vivía en el pueblo.

Lo más duro era ver que ni siquiera había qué comer en la finca. Recuerdo mucho que una noche, bueno antes de eso durante el día no habíamos comido sino un desayuno con media libra de arroz para siete personas. Mi mamá, por hacer mejor las cosas, lo hizo como en caldo, lavando del tarro el último poquito de sal.

Por fortuna debíamos ir a poner el agua y en el tanque de reserva había un búho, un pájaro. Nosotros creímos que estaba bueno, seguramente había caído en el día. En efecto, mi mamá esa noche nos hizo un caldito con el búho. Para nosotros fue un manjar, estábamos muy pequeños y mi papá había ido al pueblo a conseguir algo para un mercadito, pero en todo el día no llegó nada.

El inconveniente fue al otro día. Después de casi una semana, o bueno, casi medio año sin una alimentación balanceada, la cosa se veía venir, nadie se podía levantar de la cama. Mi mamá, que dormía con mis dos hermanitos menores, nos dijo que nos vistiéramos, iríamos a buscar a mi papá, pero (en las condiciones en las que estábamos) nadie pudo hacerlo. Yo solo con mi hermana mayor vestimos a los pequeños. Ya éramos seis hermanos.

Debimos ir a donde un vecino que afortunadamente nos dio un agua de panela calientica con pan y una cuca que a mí me supo a gloria. Traté de guardarles a mis hermanitos y a mi mami, pero no pude, tenía mucha hambre. La idea era que el señor don Gumercindo nos acompañara para que bajara a mi hermanito menor. En ese entonces, Santiago tenía un mes de nacido y no lo podíamos levantar de la cama porque era muy probable que no pudiéramos cruzar la hamaca [puente colgante] con él. Siempre estaba a más o menos siete metros de altura y nos esperaba debajo de la hamaca el río. Nos dio miedo, por eso lo hicimos.

Eso cambió mi vida porque supe que debía trabajar para que nunca pasáramos tantas necesidades. Ya en el pueblo con mi papá y mi mamá, mis hermanos y mi tía, la cosa se tornó un poco tormentosa. La convivencia con mis primas era complicada; mis papás adelgazaron y envejecieron. Me imagino que todos nosotros también, pero a mi papá se le noto más. Mi mami logró conseguir un trabajo de cocinera en un restaurante. Fue lo mejor para todos pues nos traía comida. Mis primas decían, y bueno, muchos decían, que eran las sobras, pero no nos importaba, era comida muy rica.

Luego, por alguna razón, el restaurante cambio de dueños y mi mamá decidió trabajar en una casa de familia. Cuento esto porque me enfermé en esos días. Mi mamá, por hacer lo mejor le dijo a mi papá que nos viniéramos para la finca otra vez. [Ella] renunció al trabajo donde esa señora. Rosalbina, se llamaba. Cuando me llevaron al hospital, para reclamar la droga que debía tomarme, necesitábamos \$1300 que en ese momento no teníamos porque mi mami todo lo que tenía lo invirtió en mercado y el transporte para la finca.

Fuimos a donde doña Rosalbina y mi mamá me dijo que la esperara en la esquina. Yo quise ir detrás de ella y me quedé en la puerta porque se demoraba mucho.

Mi mamá le contó todo, que yo estaba enferma y que si le podía pagar lo que le debía. Creo que era un día de trabajo, como \$10.000 que le debía, pero ella no quiso, dijo que cuando mi mami había estado trabajando llevaba a los niños pequeños y que a nosotros nos daba comida, que eso [lo que le debía] lo dejaba como pago y que no le iba a dar nada más de lo que ya le había dado. Mi mamá le dijo que se los prestara entonces, que después se los pagaba. Tampoco quiso. Yo ya me había ido hasta la esquina donde mi mamá me dijo que la esperara. Tenía un sentimiento de rabia por lo que había escuchado, pero fue peor cuando vi que mi mamá salió llorando, no sé qué más le dijo esa señora, pero me destrozó mucho ver a mi mamá así.

Se sacó las lágrimas y llegó donde yo estaba. Le pregunté qué había pasado y solo me dijo que la señora no tenía plata y que desafortunadamente no le

podía pagar lo que le debía, que fuéramos a la casa para ver si mi papá había conseguido algo. Creo que esa fórmula nunca se pagó. Yo ya me había alentado con todo lo que estaba pasando a mí alrededor; no era tiempo para enfermedades, pensé.

En efecto, mi papá, terminando el año, decidió construir una casa de madera, igual de cerca al río, pero podíamos pasar por un puente menos peligroso que el puente colgante de antes [hamaca]. Y ahí vivimos ahora. Antes de terminar la escuela, la guerrilla se tomó el pueblo desde mi casa, la anterior a la de ahora. Se veía el pueblo que ardía como un fogón de leña, se alcanzaban a escuchar los estruendosos ruidos de las bombas o petardos. Fue muy feo y, entre otras cosas que sucedieron, el pueblo se iba quedando solo.

Hasta el sol de hoy ya las cosas han cambiado. Tenemos la gran fortuna, con mi hermano, de estar en el proyecto Utopía, con muchos proyectos y sueños de ver nuestro municipio crecer, cultivar, estudiar, cosechar grandes frutos de triunfo porque nos lo merecemos. Esto es una Colombia maravillosa, llena de cosas para ver, por vivir, para mostrar. Y aunque han sido muchas cosas las que motivan a estar aquí, esas han sido las que más me han llevado a pensar diferente, a tratar de ser racional para hacer y tomar decisiones. Le quiero agradecer a Dios por mis padres, a mis padres por mis hermanitos, a mi hermana mayor por mis sobrinitas y a todos los que han hecho de mi vida una gran ilusión.

Relato 2. Conviviendo con las Autodefensas Unidas de Colombia

Desde hace alrededor de siete años, en la vereda La Piedra localizada en el municipio de Puerto Libertador, Córdoba, está la cabecera municipal que a su vez limita con el municipio de Montelíbano y la reserva natural del Nudo de Paramillo; este último, en conjunto con los dos municipios, tiende a conformar una zona comúnmente denominada la región del Alto San Jorge.

Puerto Libertador, Córdoba, y sus veredas aledañas se han caracterizado por mantener presencia de grupos al margen de la ley, en específico, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y Autodefensas Gaitanistas de

Colombia (AUGC). La presencia de estos grupos se debe, por lo general, a la producción masiva de cultivos ilícitos en la región. La coca, la amapola y la marihuana son las comúnmente establecidas en la zona.

Desde niño, mis padres me enviaron a la escuela Policarpa Salavarrieta, ubicada en la vereda La Ibarra, a cursar preescolar. Mi medio de transporte para ese entonces fueron mis pies, ya que la escuela se encontraba a una hora de camino. Mi primer profesor se llamó José Ardila. Le tenía miedo porque veía cómo les pegaba y regañaba a los demás compañeros de cursos más avanzados. En la escuela Policarpa Salavarrieta se dictaban clases hasta quinto de primaria.

Mis segundo, tercer, cuarto y quinto años los realicé en la escuela Nuevo Pensar, la cual estaba ubicada en la vereda La Piedra, un poco más cerca a mi casa. Aún recuerdo que en los grados tercero y quinto de primaria recibí menciones de honor por rendimiento académico. Mis padres, Gloria Álvarez y Carlos Fonseca, se sentían los padres más orgullosos. El valor me motivaba aún más en mis estudios. Desde ese entonces, siempre tuve claro que quería ser alguien grande en la vida, capaz de lograr mis metas y sueños que me propusiera.

En el año 2010 comencé sexto de bachillerato en la Institución Educativa Santa Teresita, ubicada en el corregimiento de Juan José. Para ese entonces, en Juan José había una guerra bélica en la cual los más vulnerables eran la población civil. La guerrilla de las FARC quería tomar el control sobre el pueblo y los “paracos” o AUGC a no dejarse quitar el territorio, lo que causó la muerte de muchas personas, en su mayoría civiles. Dentro de esas víctimas mortales, muchas eran familiares, tíos, primos y abuelos.

A la institución educativa, siempre con un grupo de compañeros especialmente siete, nos trasladábamos a pie, debido al mal estado de las vías de acceso. Lo más terrible de todo es que en esa época de confrontación había hasta cuatro muertes diarias. Por lo general, las víctimas mortales eran llevadas a la vía para que la comunidad las recogiera, en cabeza del presidente de la junta de acción comunal.

Una hora y media tardábamos en llegar a la escuela y tropezarnos hasta caer encima de cadáveres muertos en la vía. Era algo común en nosotros, ya que la entrada al colegio era a las siete, por lo que salíamos a las cinco de la mañana, de nuestras casas.

La guerra continuaba. Cada vez más masacres. En las montañas, había atentados de magnitudes impresionantes. Es un recuerdo que me dejó impactado, psicológicamente. Eran las nueve de la noche y en una montaña alrededor de la casa sonaron fuertes detonaciones, tiros y más. Mis papás nos cogieron a mi hermano y a mí, nos escondieron debajo de la cama. Las balas pegaban en las paredes. Fue una noche donde vi la guerra tocar muy de cerca mi vida y la de mi familia.

Al día siguiente, todos [la comunidad], salimos a ver el lugar de los hechos. Nos encontramos con decenas de muertos y heridos de las AUGC a causa de las FARC. Recuerdo bien que fueron 36 muertos y 18 heridos mutilados, fracturados y más. Luego, al pasar los mandos de ambos grupos, realizaron acuerdos a fin de dividir el territorio. Hoy en día, la mitad es de las FARC y la otra mitad de las AUGC.

Terminé mi bachillerato con mucho esfuerzo, logré pasar a la Universidad de La Salle, en la cual estoy realizando mis estudios, satisfactoriamente.

Autor: Iván Espinoza.

Relato 3. Cambio de vida

18 de enero de 2017, Yopal, Casanare

Todos, cuando niños, soñamos con querer ser alguien (doctor, barbero, policía, superhéroe, etc.). Siempre soñamos con ser alguien para que podamos ayudar.

Todo empieza así, con un sueño. Un sueño anhelado con muchos sueños más que se cruzan entre sí... porque cada día se sueña ser alguien más. Pero la

vida va enseñando y va dando forma al sueño que se hará realidad, en cada uno de nosotros. Nos va poniendo inmerso en él, nos va abriendo puertas y oportunidades, nos va dando metas por cumplir y objetivos por realizar, a tal punto que los sueños de niño ya dejan de importar y de soñarse, y solo nos centramos en el sueño que en el momento da la vida.

Un día soñé, como todos sueñan, ser alguien. Fueron muchos los sueños. Al pasar los años, fui viendo cuáles eran posibles y cuáles no, pues ya tenía más consciencia de la realidad. Comprendí que ya había dejado el sueño de ser niño.

Emprendí un gran sueño, ser profesional, aunque había muchos obstáculos para poder cumplir el sueño de estudiar. Me quedaba lejos mi escuela y se dificultaba el camino para llegar a esta, pero fue más grande el sueño por cumplir que los obstáculos que se presentaban diariamente.

Los años pasaron lentos, pero itan rápido!, como el segundero del reloj que me brindaba la hora. Cada día salía corriendo a luchar por ese sueño en el que me había enfocado un día.

Terminé mi primaria con gran éxito; igual mi secundaria, pero con más dificultad. Me tocó salir lejos de mi casa, alejarme de mi familia. Eso cambió mucho más mi vida. Aprendí a ser más fuerte, pues la vida me había “vomitado al mundo” como decía mi profesor de Filosofía.

Cambio total en mi vida: del campo a la ciudad. Es un mundo diferente, mundano y con solo dos opciones: ser bueno o malo. La aprovecho o la desperdicio, pero con algo muy cierto, que nunca se volvería a repetir. Ya era decisión mía, puesto que tenía las herramientas para escoger el camino que deseaba. “Siempre eres dueño de tu propio destino”.

Cuando terminé mi bachillerato pensé que ahí acababa todo. No había mucho presupuesto. Más obstáculos y enfermedades me afectaban. Pero el sueño seguía inmune y potente.

Un día me dieron la oportunidad de seguir soñando, me dieron una beca. Hoy me encuentro a un mes, lejos, luchando por un sueño y demostrando que los humildes campesinos también podemos soñar y cumplir con ser alguien de importancia en este mundo, que juzga por su clase social.

Siempre hay que luchar para conseguir su sueño, “nunca dejes de luchar, pero jamás dejes de soñar”.

Autor: Juan Francisco López Reina.

Relato 4

El 28 de julio de 1958 en San Pablo de Borbur, Boyacá, nace Graciela Amparo Granados, la mujer que para mí es la mayor prueba que resalta la valentía y los extremos a los que son capaces de llegar las madres del casco rural de nuestra amada Colombia, motivadas por el amor absoluto a sus hijos.

Ella es de estatura promedio, que no supera los 1,65 m, piel canela, ojos de color negro, al igual que su cabello que es crespo y de carita que termina en punta.

Para sus 38 años, me esperaba como su sexto y último hijo, y desde entonces, bajo el círculo esmeraldero, fue encaminándome como a los demás, con las mejores enseñanzas, llenas de valores, que demuestran que, finalmente, cuando se aplican en el mundo de hoy, pueden ser el as bajo la manga de cualquier ser humano. Ha sido mi amiga, compañera, confidente, cómplice, mi ejemplo, mi orgullo y el motor que impulsa cada palpitar de mi corazón.

En la trayectoria de mis 20 años, ha sido la guía que realiza todo en el que pone toda la confianza en su hijo, es capaz de darlo todo por el bienestar de cualquiera, aún si no es de su familia.

Es noble, capaz de derrumbar con su ternura cualquier bálsamo de hierro y nunca le he escuchado ninguna palabra grotesca.

Cuando empezó para mí la que, sin duda, fue la mejor experiencia hasta entonces, Utopía, ella fue quien impulsó de inmediato todo. No había barrera económica que le impidiera sacar al menor de sus hijos como profesional y en cada momento, frente a diversas situaciones, lo demostró. Lo vi una noche cuando limpiaba sus manos y con un cansancio que quería disimular, tenía callos; esa era la razón que me impulsaba a buscar lo mejor para darle lo mejor, a esa, mi inspiración.

Indiscutiblemente, estar en Utopía lleva a engrandecer el orgullo por mis padres. Ningún sacrificio me ha devastado porque tengo la mejor recompensa de haberlo vivido y es esa cuando llego a mi casa y con un fuerte abrazo, la mujer que lo ha dado todo, sin esperar nada a cambio, tiende sus brazos y me recoge en su seno con la más sincera caricia.

Ella es de las que aun dándolo todo no espera nada a cambio; por esa razón, y por miles de cosas más, mi madre va a ser quien goce conmigo cada uno de los triunfos y realces que la vida me conceda y el Dios piadoso y bondadoso me permitan disfrutar.

Autor: Camilo José Blanco Granados.

Relato 5. La vida cambia cuando uno menos lo espera

Un joven de la edad de 12 años es puesto a estudiar en un internado de jóvenes, dirigido por religiosos (los salesianos). Fue decisión de su querida madre y padre, dado que las circunstancias donde vivían no eran las mejores para un chico de esta edad. Es decir, por esa época, hacia los años 2000 a 2006, la presencia de grupos armados al margen de la ley (FARC) era bastante notable en la zona. Y pues normalmente los chicos por edades cercanas a los 14, 15 o 16 años miraban en estos grupos varias cosas, dependiendo las circunstancias en las que se encontraran. Por ejemplo, algunos pensaban en irse allá porque veían una forma de tener poder y hacer que los demás le temieran.

Otros pensaban que irse allá era fácil y era una vida buena, quizás mejor que la que estaban viviendo en su propia casa. Así sucesivamente, los chicos y las chicas iban encontrando excusas para hacer parte de este grupo. Allí, de donde muchos arrepentidos, después de darse cuenta de que no era lo que pensaban, se escapaban y quienes lograban alcanzar la meta, sobrevivían, los que no, sufrían serias sanciones y, en ocasiones, hasta la muerte.

Aunque el joven de quien les hablo sabía todas estas situaciones, también pensó por un momento hacer parte de las filas de la organización guerrillera. Marcado por la influencia del medio y la mala elección de las compañías con quien compartía, estuvo a punto de tomar una decisión que para el momento hubiese sido otra la experiencia, que muy seguramente no estaría escribiendo en este momento.

Siendo consciente ya, a esa edad, de muchas cosas de la vida, gracias a las orientaciones de su padre, que es un gran hombre lleno de paciencia, amabilidad, respeto y consejo, que juntó con su señora esposa, una dama llena de amor, amabilidad, honestidad, responsabilidad. Durante esos primeros años infundieron las cosas fundamentales para vivir como un buen ciudadano y no llegar a tirarse a la perdición por algún percance que llegase a tener durante el transcurso de la existencia.

Cierto día, este joven estaba jugando un agitado partido de fútbol. Terminado este, después de haber descansado un poco, se recostó en el prado, debajo de un gran árbol campestre que para la fecha estaba en floración, y en el suelo se hacía un gran tapete de flores amarillas, de aromas tan deliciosos, que el chico quedó en profundo sueño.

La vida le ha cambiado mucho desde entonces, viviendo experiencias y en circunstancias que nunca pensó estar haciéndolas en algún momento de su existencia. Por ejemplo, desde el momento cuando hizo parte del grupo de 115 internos en el colegio, empezó una nueva segunda oportunidad de cambiar el pensamiento, que en un comienzo lo estaba llevando por mal camino.

Ha tenido una vida movida, con sufrimientos y alegrías, como todos los humanos las pueden tener en un instante de su existencia.

A este joven, porque ya es un joven pasado de los 20 a 22 años, que creo que debe tener en estos momentos, tengo entendido que su vida le ha dado varios giros, pero no se ha dejado deslumbrar, a pesar de las caídas, ja, ja, ja. Personalmente, me da risa porque al hablar con ese loco da mucho gusto hablar, de la manera como cuenta sus travesías por esta vida; él ha gozado muy bien, tengo entendido que hasta seminarista fue; también militar, por un tiempo.

Finalmente, estoy convencido de que la vida cambia cuando uno menos cree. Bueno les seguiré contando en otra ocasión detalles interesantes de aquel agradable joven.

Autor: anónimo.

Relato 6

Que el Señor les continúe bendiciendo. Mi nombre es Claudia Gutiérrez, soy del departamento de Antioquia y quiero contarles del acontecimiento que cambió por completo mi vida.

En mi zona de origen, la violencia fue el pan de cada día entre 2007 y 2011. Yo terminaba el bachillerato en el año 2009. La ola de violencia era terrible. A raíz de esto yo quedé en embarazo. Mi vida se derrumbó, sentía morir, no sabía qué iba a ser de mí, mis sueños, mis metas, todo se derrumbaba frente a mis ojos, era una niña, tenía solo 18 años.

Por las circunstancias del caso, tenía la posibilidad de renunciar y no tener el bebé. Mi madre fue mi apoyo incondicional, mi consejera y me convenció de traer a mi hijo a este mundo. Después del nacimiento de mi hijo, mi vida cambió por completo, mi forma de pensar, mis metas, mis sueños. Tenía una nueva razón para seguir luchando, un nuevo motivo para cambiar la mentalidad; mi hijo era mi motor, mi todo.

Para el 2017, yo tengo mi proyecto de vida bien definido. Gracias a la madurez de ser madre puedo decir que al tomar la decisión de ser madre no se arruinó mi vida como pensaba, sino por el contrario.

Mi vida cambio positivamente, los sacrificios que hacemos por nuestros hijos nos llenan de alegría y satisfacción. En estos momentos, mi bebé tiene 6 años y cursa primer grado de primaria. Es mi gran amor, mi motivo para seguir luchando, para ser una gran profesional, para darle un buen futuro, que no le falte nada. Esto me recuerda un dicho que dice: “cuando la noche se encuentra más oscura, es porque ya va a amanecer”.

Autora: Claudia Gutiérrez.

Relato 7

El presente relato tiene plasmada la historia de una familia colombiana que ha vivido experiencias únicas y bastante interesantes.

La historia que les relato es la historia de mi familia. Nací en el departamento del Vichada, en un pueblo conocido como Palmarito, un pueblo azotado por los grupos al margen de la ley, más específicamente, el Frente 49 de las FARC, al mando del Negro Acacio. Mi padre, un acerrado, quiero decir, “motocierrista”, es un padre ejemplar, cuyo propósito era criar un hijo y tener una familia feliz y muy unida con su pequeño retoño. Pero llegó un día, del cual no quiero acordarme, en el que la guerrilla de las FARC nos despojó de nuestra tierra, por lo que habíamos luchado tanto toda la vida.

El comunicado fue: “o se unen a nosotros o tienen tres días para desalojar sus viviendas y su finca”. Mi padre tomó una determinación que cambiaría nuestra vida de una manera asombrosa. Decidió tomar nuevos rumbos y marcharnos sin nuestros animales y pertenencias.

Después de esto, llegamos a un pueblo conocido como San Carlos de Guaroa, Meta, donde mi padre construyó una casa y nos ofreció de nuevo hogar y una

familia feliz. Después, mi padre quiso sembrar un cultivo de arroz, donde su primer sembradío iba a ser en Tilodirán, Casanare, un corregimiento apartado de Yopal a unos 40 km, donde el progreso daba frutos sorprendentes.

Mi padre sembró 10 ha de arroz, donde un señor conocido con el nombre de Ernesto Zapata, hacendado de la región. Gracias a Dios, a mi padre le fue muy bien en ese negocio y llegó a sembrar 500 ha.

Por aquellos días, cuando sembró esa cantidad de hectáreas, se conoció el fenómeno de El Niño y fue en ese momento cuando vino lo trágico, itodo lo invertido en ese negocio se fue al suelo! Volvimos a quedar sin nada.

Días después emprendimos camino hacia donde nos habíamos transportado, que era San Carlos de Guaroa, pero se apareció una hacendada de esas tierras y nos ofrecieron un trozo de terreno para que no nos marcháramos y al cabo del tiempo se lo pagáramos.

Después de esto mi padre y madre siguieron trabajando para darme una vida digna y un estudio bueno, hasta cuando me gradué en el año 2013 con 18 compañeros más y gracias a Dios pude entrar a esta universidad que me brindó y me abrió las puertas de la educación superior para hoy estar cursando sexto cuatrimestre y a punto de llegar al tercer ciclo.

Muchas gracias.

Autor: anónimo.

Relato 8

Mi relato comienza así: soy de San Vicente del Caguán, Caquetá. Es una zona donde el conflicto ha sido muy duro. Mi vida se resume en lo siguiente: desde muy niño he vivido con mi madre. Mi papá nos abandonó y desde ese momento se comenzaron a complicar las cosas, puesto que sufría mucho por cosas que necesitaba. Estudié en el campo, en una escuela llamada Centro

Educativo Alto Quebradón. Allí cursé desde primero a quinto de primaria. Todo fue en el campo. Desde ahí tuve la oportunidad de estudiar en el pueblo todo mi bachillerato, en un colegio lasallista. Bueno, hasta ahí llegó el estudio porque me tocó ponerme a trabajar en un supermercado, pero gracias a Dios, distinguía a un hermano de La Salle y él es la persona por la cual estoy hoy aquí en la universidad.

En mi niñez nunca he sido víctima del conflicto, pero sí he vivido muy cerca, puesto que la mayoría de mi niñez fue al lado de las FARC. Lo primero que viví fueron las negociaciones del expresidente Pastrana, en el Caguán. Éramos muy niños y cuentan mis familiares que ese día asistieron todos los cabecillas de este grupo guerrillero.

Ya al pasar los años, llegó la famosa zona de distensión, donde la guerrilla era la que tenía el poder del pueblo. Ellos eran la ley, no había presencia del Estado. Se hacía todo lo que las FARC mandaba. Desde ahí surgieron muchas muertes y desapariciones. He tenido la experiencia de compartir con estos guerrilleros, porque ellos siempre han estado en el campo y duraron un tiempo en la finca donde yo vivía.

Cierto día, cuando vivía en la finca, unos vecinos nos invitaron a unos cumpleaños. Salimos de la casa a eso de las 5:00 p. m. y nos encontramos a unos guerrilleros. Junto a ellos tenían a dos secuestrados, un hombre y una mujer, pero lo que para nosotros parecía un día de cumpleaños, se convirtió en una noche de tragedia. Al regresar de los cumpleaños, a eso de las 9:00 p. m., encontramos a aquellas dos personas muertas hacía pocos minutos. El hombre tenía un disparo en la frente y la mujer tenía un hoyo que el disparo le sacó. Un pedazo de oreja con un arete, posaba justo al lado de ella.

Este fue un hecho que marcó un momento de mi vida. Nunca había visto tanta maldad y crueldad, ni una persona en esas condiciones.

Desde entonces he vivido más hechos parecidos, pero en el presente, San Vicente cambió; hoy en día, es un pueblo grande, feliz, marcado con estos hechos,

pero que salió de esto. Yo pensé en todo lo que sufrió mi pueblo y dije: hay que hacer algo por él. El estudio es la única manera de mejorar, pienso regresar y hacer de mi pueblo, un pueblo cada día mejor, con un futuro digno. Gracias.

Relato 9. Una parte de mi vida

En lo que llevo viviendo me han pasado cosas, tanto buenas como malas. Tengo mamá y tengo papá, pero no vivo con ellos. Desde la edad de los cinco años he vivido con mi abuela que ha hecho las veces de papá y mamá. Fueron tiempos en los cuales si tu tenías un carro de juguete, era lo mejor. Me acuerdo tanto de que un día me compraron uno, el primero, y lo cuidaba como un tesoro y lo mantenía escondido para que los otros chinos no me lo fueran a despedazar.

Luego a los días ya me llevaron a la escuela, donde hice mi primer año, pues era una escuela muy pequeña donde no había muchos chinos en la vereda. Por eso, todos estudiábamos en un solo salón, de primero a quinto. En ese tiempo, los profesores sí castigaban con reglazos y chuco “ventiao”. Eran tiempos en los que no se miraba tanta delincuencia en el campo, pero a medida que todo va avanzando, todo cambia. En esos tiempos no se miraban chinos con aretes ni tampoco se miraban maricas como los hay en estos tiempos.

Luego de pasar ya mucho tiempo, se metieron los “paracos” a matar a todo el mundo. Fueron tiempos en los cuales, si tú vivías en el campo, eras guerrillero y si vivías en el pueblo, eras “paraco”, por lo cual era muy “arrecho” para vender lo que se producía y de igual forma no se podía salir al pueblo a comprar el mercado.

Aproximadamente, en el 2005 mataron a un tío y hoy es el día que no se sabe qué grupo al margen de la ley cometió este hecho. Por eso, en ese tiempo nos fuimos desplazados a otro municipio donde tocaba pasar necesidades, pero gracias a Dios nunca faltó un plato de comida, que era lo más importante.

Luego de que pasara todo eso o de que ya fuera menos el conflicto, volvimos de nuevo a la finca para recuperar lo que habíamos perdido y ya otra vez empezamos a estudiar.

En la casa éramos siete primos, de los cuales yo era el más pequeño y, como en toda casa, al más pequeño es al que más cascan y al que no dejan jugar con los grandes porque le pegan, y así ocurrían los días. Cuando llegábamos de la escuela, a todos nos tocaba ir al trabajo porque nos decían que teníamos que producir.

Cuando tenía aproximadamente 11 años, mi abuela vendió la finca y nos fuimos a vivir al pueblo. Fue duro, viniendo del campo, acostumbrarse al pueblo. Mi nona sacó la idea de ponerme a vender helados porque mis primos, los que estaban en más alto grado, necesitaban dinero para lo que les pedían en el colegio, pero ellos nunca ayudaban en nada y, al contrario, cuando me miraban en la calle les daba pena porque yo vendía helados y el día sábado vendía cilantro. Hasta que uno ya crece y le empieza a dar como pena y ya no volví a vender y pasé al colegio y empecé a trabajar descargando ladrillo, limpiando, en las vacaciones trabajaba en fincas como jornalero.

Y con eso que me ayudaba. Fui saliendo adelante. También mi abuela me ayudó mucho y aún me sigue colaborando. Ya hoy estoy en la universidad. Mi mamá es muy pobre y no me puede ayudar. Mi papá tiene modos, pero no me ayuda porque la mujer que tiene no lo deja, ella es muy mala.

Hoy le doy gracias a Dios, estoy estudiando, me estoy formando como persona para ayudar a otras personas que necesitan de uno. Y uno se puede dar cuenta porque uno ya vivió lo duro y sabe cómo es que hay que sudarla para salir adelante y tener una mejor vida, y lo más importante: ayudar a mi abuela que es la que siempre ha estado ahí.

Autor: anónimo.

Relato 10

Mi nombre es Héctor Guillermo Castellanos, tengo 18 años, soy de Algeciras, Huila. Mi padre y mi madre son de la zona rural y con mi familia siempre hemos vivido en el campo. Primero que todo, quisiera resaltar un poco cómo es vivir en el campo colombiano. Tal vez no es como algunas personas lo piensan, pues para saber cómo se vive allí, hay que estar allí.

Todo el tiempo escuchamos que en el campo se vive violencia, pobreza y aunque esto es muy cierto, no es del todo exacto. En el campo también se vive en paz, armonía, solidaridad y hay muchos valores que no son muy notables en otros lugares. Y con esto podemos encontrar que desde el primero hasta el último, el campesino siempre busca un buen futuro, una buena educación y no solo en la casa, sino también en la escuela. El campo es un ambiente familiar donde no hay vicios para los jóvenes, aunque algunos miran como algo no del todo cierto. Ser campesino y tener una familia campesina es sinónimo de humildad y felicidad.

Pero todo no es color de rosa; por esta razón, es que somos un país subdesarrollado y un campo un poco lleno de ancianos y de personas que ya casi no pueden trabajar. Aún recuerdo, tal vez no la fecha exacta, pero sí el año, la primera vez que vi a una persona muerta. No sabía mucho sobre este tema, pero mi padre y algunos tíos hablaban sobre lo que luego después de un tiempo se volvió algo normal: la guerrilla. Aunque me daba miedo verlos las primeras veces, como ya lo dije, después de un tiempo se volvieron tan cercanos que incluso hice muy buenos amigos y ya los sentía parte de la comunidad. Lo sucedido pasó en la zona rural de Algeciras, Huila. Luego de esto, algunos amigos y amigas de las fuerzas armadas o guerrilla, empezaban a enfrentarse con el ejército. Era algo desastroso. Empezaron a desaparecer algunos de mis amigos, algunos de parte de la misma guerrilla. Aunque siempre los había conocido, me causaban bastante miedo. Era el ejército, tal vez, tanto que cuando veía a alguno corría para donde mi madre. Luego de esto, unos años más tarde, mi padre vendió la propiedad y compró una finca un poco más abajo y más cerca de la zona urbana; pero esto no fue de mucha ayuda porque la violencia repercutió bastante hasta en la zona urbana. Aun así, nunca nos pasó nada,

nunca escuché una amenaza contra mi familia, nunca escuché un “tiene tres días para desaparecer”.

Siempre me causó curiosidad y aunque después de algunos años lo comprendí también, le pregunté a algunas personas cuál era la razón por la cual asesinaban y echaban a las personas del pueblo.

Luego de haber pasado algunos años empecé a escuchar cosas como terroristas, matones, obligaban a los niños a coger un arma. No puedo decir que lo anterior es mentiras, pues sí que nunca estuve en esa posición, algo que agradezco. Un día me encontré con alguien un poco más allegado a la guerra y le pregunté algunas dudas, y este, aunque con muy poca educación, me respondió de una forma que me dejó perplejo y un poco pensativo. Este dijo que todo era parte de la guerra y que a las únicas personas que asesinaban era por “mantener controlada la zona”. Aunque de una forma injusta, gracias a eso jamás escuché un atraco, un robo, una estafa y pensé casi igual que aquel joven, que todo era para el bien del pueblo, aunque no justifique algunas obras de este grupo guerrillero, sino considere un poco más de lo que se ve y se escucha. Años más tarde escuché un “proceso de paz” y muchas opiniones sobre el tema. Algunas personas los acusaban como guerrilleros, matones, homicidas. Respeto cada opinión, pero desde el primer punto de vista no eran más que personas igual que nosotros.

Una izquierda es muy necesaria para un país, pues lo ayuda a mejorar; esto también lo pensé luego de escuchar cada opinión de personas que tal vez jamás han visto a una persona de las fuerzas armadas y que tienen ideas equivocadas sobre el tema.

Algo muy interesante pasó el primero de enero del 2016: fue la aprobación de la beca Utopía, algo que me ayudó bastante a cambiar de pensamiento y a dar un paso más en mi vida; aunque jamás fui buen estudiante, hago lo posible por no desmotivarme y sacar esta carrera cada vez más adelante y con mejores notas.

Autor: Héctor Guillermo Castellanos Pardo.

Relato 11

Mi nombre es Diego Campos. Soy de nacionalidad colombiana, nací el 14 de diciembre de 1996, tengo 20 años. Mi vida ha sido muy dura desde que era niño. Nací en una familia humilde en Landázuri, Santander. Allí he vivido toda mi vida. Desde muy niño he tenido que sufrir los golpes de la pobreza, el maltrato de mi padre. Mi padre es un hombre de carácter muy fuerte y machista. Él maltrataba a mi madre desde que eran novios; sin embargo, mi madre aceptaba los golpes porque lo amaba y siempre le enseñaron que el hombre era el que mandaba en la casa. A los 18 años mi madre se fue a vivir con mi padre y tuvieron 9 hijos, conmigo, yo soy el menor de los hombres.

Cuando yo vine al mundo, no vine por deseo de mi madre y mucho menos de mi padre. El día que tuvieron relaciones mi padre llegó borracho a la casa y golpeó a mi madre porque no se le entregaba. Le decía que la mujer tenía que atender al marido y darle lo que él quisiera, así que ella le tocó estar esa noche con él. En pocas palabras, mi padre violó a mi madre. Como ella no planificaba porque él no la dejaba, le decía que eso era para conseguir mozo, por tanto, no le permitía ni siquiera que ella se arreglara. Si lo hacía, la trataba de perra y cosas feas.

Durante el embarazo, mi padre la golpeaba y mi madre tenía que trabajar muy duro porque él no le ayudaba casi para las cosas de mis hermanos.

Ella jornaleaba tirando machete en potreros, “macaniando”, cortando hojas de bisao para vender, de nacuma, entre otros trabajos como cocinar para obreros. Todo eso me lo contó mi madre cuando yo estaba grande.

Desde que recuerdo tuve que observar a mi padre cuando golpeaba a mi madre y la trataba mal. Cuando tenía 7 años, mi padre llegó borracho un sábado en la madrugada, eran las 4:30 a. m. aproximadamente. Mi madre estaba haciendo el desayuno para nosotros y para ella. En ese tiempo mi madre trabajaba para una compañía de envíos como empleada doméstica, en Jordán bajo. Ese día llegó muy tomado, llevaba tres días tomando. Se había gastado un dinero que había trabajado mi madre para terminar de pagar el lote donde vivíamos.

Maribel, mi hermana mayor, de 25 en este momento, cuando eso tenía 12 años de edad, escuchó cuando mi padre dijo: "esa perra, la voy a matar". Ella corrió a decirle a mamá que mi padre la iba a matar. Mi madre le dijo: "es que es boba como se le ocurre decir eso de su padre". Cuando ella le decía eso, mi padre apareció con un machete oxidado. Afortunadamente, recuerdo que yo estaba sentado en una mesa que había en la cocina en la cual mi madre siempre me sentaba. A pesar de que mi llegada le hubiese causado tanto daño, ella me amaba más que a su propia vida, era el niño consentido.

Yo salí corriendo de inmediato con mi hermana mayor Yeraldid y Esteban. Yeraldid tenía 21 años y Esteban 21 años. Son mellizos. Con Leydi estábamos muy asustados, llorábamos y le gritábamos a papá que no lo hiciera; sin embargo, mi padre no nos escuchaba y en cuestión de segundos se le acercó a mamá y la cortó. Mi madre levantó su mano derecha para protegerse un poco del machete, gracias a Dios mamá tenía un reloj de color negro el cual evitó que el machete le cortara (quitara) por completo el brazo. Mi madre, lo único que dijo fue: "Dios mío ayúdame". Sin embargo, mi madre pudo reaccionar y empujó a mi padre y lo tumbó con facilidad. Bueno, claro, estaba borracho, de modo que no sería difícil hacerlo. Maribel nunca salió de la cocina, estuvo siempre ahí, así que cuando papa cayó al suelo, Leydi cogió el machete, a dos manos, por el filo. No le importó que mi padre de pronto la cortara. Mi madre estaba sangrando demasiado y nosotros estábamos muy asustados, pero corrimos a donde estaba mamá.

Ella llorando, le pedía a mi padre que soltara el machete, pero mi papá no le obedecía y, por el contrario, afirmaba que ella era la que lo había cortado. Entonces, mi madre le dijo: "majadero imire! Que fue usted" y le mostró la mano. Al levantarla y mostrarle la sangre se disparó como un chorro cayéndole en la cara a mi padre; claro, era de esperarse pues la herida era muy profunda y se le habían afectado las venas. Cuando él sintió la sangre, reaccionó y le pedía que lo perdonara y decía: "mátame, no merezco vivir, soy un desgraciado", pero mi madre lo amaba tanto que llorando le dijo: "mi amor, yo te amo, cambia por favor. Tu sabes que jamás te haría daño". Así que lo levantó y lo llevó a que se acostara en la cama. Mientras tanto ella se presionaba la herida con la mano.

La casa era mediana, hecha de tabla y una parte de material de cemento y ladrillo antiguo. Tenía dos habitaciones y una sala entablada grande. Allí mi mamá se sentó a hacerse curación con agua con mucha sal caliente, la cual se la había preparado mi hermana, Maribel.

Luego de hacerse curación se puso una venda o mejor dicho un pedazo de trapo con mucho café para contener la sangre. Tenía que trabajar, así que se alistó de inmediato y nos pidió que escondiéramos todo con lo que mi padre se pudiera hacer daño, así que nosotros corrimos todos y escondimos machetes, cuchillos, lazos, venenos, hasta una escopeta que tenía mi padre.

Mi mami nos alistó y nos llevó consigo al trabajo. Como no podía estar con nosotros allí, nos dejó donde una amiga, Nelly Pardo.

Maribel, una amiga muy cercana a la familia, le pidió que lo demandara y que fuese al hospital. Ella no quiso, dijo que eso no era para tanto, que era cuestión de tragos, pero de todos modos aceptó ir al hospital. Allí le hicieron limpieza, le cosieron y le preguntaron qué le había sucedido. Ella respondió que se había caído y con un vidrio se había cortado. El médico no le quiso creer de a mucho; sin embargo, le creyó, pues ella era gorda y bajita y pues por el peso y al caerse y golpearse posiblemente sí se podía hacer una herida de esa manera, aunque no era muy creíble. Mi madre siguió viviendo con él a pesar de lo sucedido. No le importó, siguió en ese martirio.

Mis estudios fueron gracias a mi madre. Realicé mi primaria con el esfuerzo de ella. Cuando terminé quinto grado, un mes después de eso, pasó algo que cambio mi vida.

Mis padres se habían casado hacía 3 años, cuando pasó. Era un 24 de diciembre. Aproximadamente a las 10 p. m. llegó mi padre borracho una vez más, y en esta ocasión fue a la cocina, buscó un cuchillo y llamó a Maribel. Nosotros dormíamos todos en una habitación grande que tenía dos puertas. Mi padre y mi madre estaban peleando. Un mes antes, ya no compartían cama, así que mi padre fue a la habitación donde él dormía y le dijo: "Maribel, a usted le gustaría

ver a su padre muerto". Maribel respondió: "¡qué tal papá!, como se le ocurre decir eso". Ellos ya están jóvenes, más o menos grandes. Minutos después cayó el cuchillo al suelo. Mi madre pegó un grito y empezó a llorar, iba a salir corriendo y Maribel le dijo: ¡no mamá, es una trampa!

Ella, por una u otra razón presentía las cosas, así que Leydi se paró delante de mamá y no la dejó salir. Minutos después escuchamos sonar un machete arrastrado por las hojas de zinc del techo, pues acostumbrados a dejar los machetes introducidos en medio de los listones y las tejas.

Cuando mamá escuchó eso, dejó de llorar. Nosotros estábamos muy asustados con Rosa María. Éramos los más pequeños, así que nos colgamos de las piernas de mamá y empezamos a llorar.

Como siempre, Maribel era muy astuta. Le dijo a Esteban que mientras ella hacía que abría una puerta, él abriera la otra y que huyéramos todos de ahí. Mi madre sin dudarlo, aceptó. Así lo hizo. Movié la puerta que estaba al frente de la habitación de papá, mientras tanto Esteban, rápido, abrió la otra y salimos corriendo todos. Maribel también huyó con nosotros. Mi padre estaba listo en la puerta. Tenía un machete en la mano y estaba preparado para atacarnos al primero que saliera. La intención era matarnos a todos. Al ver que huimos, entonces, él nos persiguió, pero como estaba borracho no podía correr, se caía.

Así que corrimos y nos atrincheramos en un matorral. Todos estábamos descalzos. Yo y mi hermano en pantaloneta y mi madre y mis hermanas con pantaloneta y camisa. Papá nos buscó un buen rato y decía: "uno cero, mi mujer y mi primo son mozos". Lo repetía en varias ocasiones. Mamá nos dijo a todos: hijitos, esperemos que su papá se acueste a dormir y entramos callados, sin hacer ruido. Su papá está borracho y ese se queda dormido rápido.

Esteban le dijo a mamá: si volvemos a la casa y mi papá nos intenta agredir otra vez, no creas que me voy a quedar quieto. Yo mato a mi papa, yo no voy a permitir que nos haga más daño.

Mi madre, al ver lo sucedido, dijo que mejor nos fuéramos al pueblo y nos quedáramos allí. Así que salimos al camino y caminamos hacia el pueblo. Teníamos que subir dos potreros al borde de la carretera. Acostumbrábamos a dejar los zapatos de todos en un pequeño cambuchito de caucho, ahí había una mata de guadua.

Como mi padre y mi madre no vivían, Esteban trabajaba para mantenernos y ese día, al ponerse los zapatos, encontró un talismán. Él se puso muy feliz, pensaba que eso era algo de la suerte y que íbamos a dejar de ser pobres. Él no quería contarle a nadie, solo le dijo a mamá.

Mi madre no sabía qué era eso, así que le dijo: hijo, no sabes qué es eso, deberías botarlo. Pero él no quiso, así que decidió guardarlo y no mostrárselo a nadie.

Esa noche, llegamos a Jordán, donde María Luisa Almansar, más conocida como Emilia, que era una amiga de mi madre. Ella la quería mucho porque Emilia le ayudaba con cositas para alimentarnos y el marido le daba trabajo a Esteban.

Al día siguiente, Emilia le dijo que tenía que demandar a papá y si no ella sí lo iba a hacer porque no era justo lo que le había hecho. Mi mamá estaba muy dolida. Ella decía que con ella podría hacer lo que quisiera, pero que con sus hijos no.

Así que ese día lo demandó. Vinieron y lo recogieron los policías, y se lo iban a llevar para la cárcel. Ella, llorando le dijo a los policías que no se lo llevaran. La señora comisaria le dijo que no fuera masoquista, que después de todo lo que le había hecho y ella lo defendía que dejara de ser sinvergüenza. Ella continuaba llorando y le dijo que a pesar de lo que él fuera, ella lo amaba con todas sus fuerzas, que no iba permitir que le hicieran daño. Le dijo que lo único que pedía era que lo obligaran a salirse de la casa para que no nos hiciera más daño y retiró la otra demanda.

La señora comisaria le ordenó salirse de la casa. Él dijo que nosotros éramos unos mentirosos, que no lo queríamos y que por eso inventábamos todo. Así

que la comisaria llamó a Esteban y le preguntó, a lo que él le respondió: “lo que es de Dios es de Dios”, y dijo: sí papá, usted nos iba a matar. Un policía que estaba en ese momento ahí dijo: este desgraciado no paga sino meterlo a la cárcel es pero ya.

Y mi madre llorando dijo que no. La doctora le dijo a mi papá: tiene 3 horas para que empaque su ropa y se salga de la casa, a lo que él respondió: ¡no! Tengo que lavar una ropa y además no tengo a donde ir. Ella le dijo: eso lo hubiera pensado antes de cometer lo que hizo y lo obligó a salirse.

Ella misma vino a la casa y lo acompañó y lo sacaron de la casa; mientras tanto, mamá y nosotros estábamos en la rosita donde Isabel Mejía. Horas después de que mi padre se fuera de la casa, nosotros regresamos a la finca. Eran más o menos las 4:30 p. m. cuando llegamos nuevamente a la casa.

Transcurrió una semana para que el talismán comenzara a cumplir su objetivo. En la casa ya no había qué comer. A Esteban ya no le daban trabajo. Escasamente, lo que había era yuca, plátano, sal y unas pocas libras de arroz.

Pasó un mes y Esteban no trabajaba, por lo que ya no había comida ni dinero y pronto ingresaba a estudiar. Mi madre, como siempre, una luchadora, nos conseguía hierbas con las que a ella también la criaron como: cogollos de nacuma, bore, el centro de la bellota de plátano, los gallitos (flores de un árbol), chincha mata, entre otras, para alimentarnos. Un día, ella al ver la situación, viajó a Landázuri a pedir limosna. Ese día fue con Esteban. Fueron donde el alcalde y él estaba tomando y le dijo: eso, vaya coma mierda, yo no tengo plata. Su nombre es Joaquín Estrada.

Ella no dijo nada. Fue donde una amiga y ella le dio un bulto de comida: entre arroz, alverja, Bienestarina, etc. Ese día también mi madre le dijo a Esteban que votara ese talismán. Él no quería, así que mi madre le preguntó a un señor ya de edad que estaba ese día en el parque y él le dijo que los talismanes eran como una ruleta y que podían hacer el bien como también el mal. También le dijo que votara el talismán a una quebrada y que no mirara hacia atrás o si no

que eso lo iba a perseguir. Esteban aceptó lo que le dijo y decidió votarlo. Lo hizo con las indicaciones que el señor le dio. Transcurrió una semana y comenzaron a llamar a Esteban para trabajo y otra vez volvimos a tener alimento. Yo inicié a estudiar y mi hermana también. Esteban y Leydi trabajaban y se daban el estudio ellos mismos, validaban.

Mi papá nunca nos había apoyado, así que no era de extrañarse. Mi madre siempre ha pensado que mi papá fue el que le hizo eso a Esteban para que aguantáramos hambre y nos tocara buscarlo para rogarle que nos ayudara.

Dos años después, cumplió 18 años y decidió irse para la policía, por lo que Maribel tuvo que trabajar jornaleando, para mantenernos con mamá. Ellas trabajaban.

Un año después, Leydi quedó embarazada, así que se fue con el marido a vivir y yo tuve que salirme del colegio para trabajar para la casa; sin embargo, yo quería seguir estudiando, así que decidí validar y estudié en una fundación que se llama José María del Camino. Allí estudié un año he hice octavo y noveno, al terminar me fui para Chiquinquirá, Boyacá, donde empecé a trabajar en una finca de vacas de leche.

Como yo siempre quise estudiar, busqué un colegio y le conté mi situación al rector del colegio El Charquito, y le dije que quería estudiar. El me aceptó y me dio la oportunidad, así que inicié a estudiar. Me levantaba a las 2:00 a. m. a ordeñar y a las 5:00 a. m. llegaba a la casa donde mi tía política Constanza Helena Fajardo, donde me quedaba y me alistaba porque a las seis y media entraba al colegio. Durante toda la mañana estudiaba y la hora de salir era a las 2:00 p. m., pero a esa hora yo ya tenía que estar en el trabajo, así que como yo ya había hablado, me dejaban salir una hora antes. Llegaba a la casa, almorzaba rápido y me iba para el trabajo ordeñaba y regresaba a las seis a la casa y como estaba atrasado, porque en validación es muy mediocre el estudio, tenía que hacer muchos trabajos. Me acostaba a las 10 u 11 de la noche y así casi todos los días. Hasta que un día papá me llamó y me dijo que lo perdonara y que me iba a ayudar. Pues él había empezado a ir a una religión (Adventista del Séptimo

Día); mi papá había cambiado. Gracias a Dios él llegó cuando más lo necesitaba, ya estaba cansado, enfermo y mis pies eran empollados pues mis zapatos del cole estaban dañados y mis botas de trabajo me quedaban pequeñas.

Así que yo acepté y viajé a Santander a estudiar. Papá quería que yo viviera con él. Mamá no me dejó; sin embargo, papá no dejó de desistir en la idea de ayudarme. Realicé onceavo grado en el Instituto Agrícola de Alto Jordán. Allí terminé.

Un día viernes, llegó al colegio el padre Augusto y nos contó lo que estaba sucediendo. Dijo que había un proyecto de la Universidad de La Salle, donde apoyaban muchachos de las zonas rurales que quisieran salir adelante y que ofrecían una beca para estudiar Ingeniería Agronómica.

En ese momento, yo de una dije: yo me presento. Días antes pedí a Dios que me ayudara. Yo quería seguir estudiando, así que no lo pensé un instante. Me presenté en Barbosa, Santander, con cuatro compañeros de los cuales pasamos dos, yo y Edwin Ariza Gil.

Desde ese entonces, mi vida ha cambiado por completo. Mi padre me sigue apoyando, mi madre también. Los dos se sienten orgullosos y agradecidos por la oportunidad que he tenido en mi vida.

Desde ese entonces no tengo sino una sola meta: terminar y continuar estudiando. Quiero seguir hasta obtener un doctorado y poder brindarles una vida mejor a mis dos hermosos padres, a los cuales amo con todas mis fuerzas y sin importar un pasado de sufrimientos, vivo un presente de paz y alegría y espero seguir así.

Mi padre se llama Jorge Elizalde Rativa, un hombre que, a pesar de los errores, es una nueva persona y me ha enseñado a ver la vida diferente y a entender que por más grande que sea el problema, todo tiene solución.

Mi madre se llama Paulina Oviedo Muñoz, una mujer luchadora que, a pesar de todo su sufrimiento, siempre luchó por nosotros. A esa mujer le debo mi vida y más.

Autor: Diego Campos.

Esbozo hermenéutico de las voces de la Colombia profunda

En estos relatos tenemos mucho más que una narración profundamente descriptiva de las experiencias de vida de unos jóvenes que tienen que enfrentarse a la dura realidad del campo colombiano, donde la gente vive en condiciones, muchas veces, inimaginables, de pobreza o miseria extrema; condiciones que empeoran por la falta de mínimas oportunidades para estos muchachos de poderse labrar un futuro digno.

En un mundo “ancho y ajeno”, diría el escritor peruano Ciro Alegría, donde la presencia del Estado es casi nula, todos tienen que luchar por su cuenta para mejorar las condiciones de vida. Las voces que oímos no son las voces de condena, las voces acusadoras; son testimonios de vida a través de los cuales podemos conocer lo más sublime que tiene el ser humano, pero también descubrir con horror hasta dónde puede llegar su capacidad de llevar a cabo las más atroces acciones. Estos relatos configuran un acto culturalmente creador; es la memoria no solo registrada en hechos, eventos y personajes históricos, sino también enriquecida por remembranzas dolorosas, recuerdos inolvidables, sentimientos profundos y afectos arraigados, que permiten la visualización del conflicto armado y que han dejado profundas huellas en quienes han sido sus protagonistas.

Los relatos, además, son una fuente inagotable de símbolos y representaciones de elementos constitutivos de realidades acaecidas que, unidas entre sí, van tejiendo, poco a poco, una historia de muerte, sufrimiento, desesperanza, indiferencia e injusticias. Pero también podemos identificar en los textos esas relaciones de poder, la diversidad en los discursos, la fuerza del espíritu humano por no dejarse consumir en la desesperanza, así como también la pluralidad

de miradas, el sinnúmero de reflexiones, interpretaciones e intereses que configuran la singularidad del sujeto y lo impulsan a tomar sus propias decisiones y a realizar acciones que, podríamos decir, son profundamente arriesgadas o irracionales.

Los protagonistas de estos relatos también son sujetos que sueñan y aspiran a mejorar sus condiciones de vida. Comprenden la vida de la única manera como lo pueden hacer: desde la vida misma, es decir, a partir de sus propias experiencias, sufrimientos y dolores. Por eso, son constructores del significado de su propia existencia y de lo que esta representa para las demás personas. La sinceridad de sus relatos y la sencillez con la que descubren su corazón e intimidades nos dan una profunda lección de humildad. Desde sus sentimientos encontrados y sus secretos guardados aflora un deseo: transformar el país a través de su propio esfuerzo y trabajo honesto para acallar las injusticias y lograr que sus seres queridos puedan vivir tranquilos y felices en sus terruños. De esto están plenamente convencidos y por eso muchos son conscientes de que nadie les ofrecerá un mejor futuro si en ello “no metemos nuestras manos, si no valoramos nuestro trabajo y propio sacrificio”.

Es claro para esos jóvenes que desde el propio esfuerzo viene la fuerza del cambio y la superación de las condiciones que degradan la dignidad humana. En estos relatos encontramos también las voces de los jóvenes para los cuales la guerra no es algo que se conoce a través de las películas. La guerra y su crueldad tocan directamente su vida y la de sus seres queridos y más allegados. Sin embargo, ellos, con un profundo valor, sentido y sensibilidad humana, manifiestan no querer quedarse con los recuerdos de la violencia y no seguir viviendo en el pasado. Consideran la oportunidad que les ha ofrecido Utopía como el camino para la superación de las amargas y tristes experiencias del pasado, y la fuente de nuevas esperanzas de futuro.

Es indiscutible que en todos los relatos, sin excepción, domina la fuerza de la vida, el deseo de superación de las heridas del espíritu y los traumas personales. En estos jóvenes se genera una energía que los empuja a pensar sobre algo distinto. En sus voces no existe únicamente un anhelo de algo mejor, sino una

firme convicción de construir cosas buenas. Aquí se presentan las voluntades firmes.

En estos relatos emana el amor por Colombia. En uno de ellos, la imagen de la madre y Colombia se funden en una sola. Dice el relator: “[...] nuestra amada Colombia... ha sido mi amiga, compañera, confidente, cómplice, mi ejemplo, mi orgullo y el motor que impulsa cada palpitar de mi corazón”. Esta experiencia de amor materno, de alguna manera, construye también la imagen de la amada patria.

Ser constructor de futuro no es solamente una cuestión de ideas o propuestas que surgen de nuestra inteligencia, no es solo un tema de imaginación; también es cuestión de la fuerza, del afecto y de la voluntad humanas que se engendran e infunden desde el seno del hogar, de las amistades y de los ambientes propios de las comunidades familiares o de los núcleos comunales y sociales.

La Colombia del futuro, desde estos ámbitos, se visualiza como la metáfora del “motor que impulsa el palpitar del corazón en cada uno de los ciudadanos”.

A manera de conclusión

En la introducción del Acuerdo de Paz firmado el 24 de agosto de 2016, podemos leer:

Luego de un enfrentamiento de más de medio siglo de duración, el Gobierno nacional y las FARC-EP hemos acordado poner fin de manera definitiva al conflicto armado interno. La terminación de la confrontación armada significará, en primer lugar, el fin del enorme sufrimiento que ha causado el conflicto. Son millones los colombianos y colombianas víctimas de desplazamiento forzado, cientos de miles los muertos, decenas de miles los desaparecidos de toda índole, sin olvidar el amplio número de poblaciones que han sido afectadas de una u otra manera a lo largo y ancho del territorio, incluyendo mujeres, niños, niñas y adolescentes, comunidades campesinas, indígenas, afrocolombianas, negras, palenqueras, raizales, partidos políticos, movimientos sociales y sindicales, gremios económicos, entre otros. No

queremos que haya una víctima más en Colombia [...] Se trata de construir una paz estable y duradera, con la participación de todos los colombianos y colombianas. Con ese propósito, el de poner fin de una vez y para siempre a los ciclos históricos de violencia y sentar las bases de la paz [...]

Esta declaración es de un valor histórico incalculable, puesto que los que se consideraban enemigos mortales ahora establecen un compromiso irreversible ante nuestra sociedad y el mundo: el que no haya más víctimas en Colombia.

¡Que no haya una víctima más en Colombia!, parece ser la voz común de todos los relatos que hemos presentado aquí.